

Juan Uribe-Echevarría

Abono a Baroja



N las librerías de viejo de la Calle Ancha de San Bernardo hacemos las primeras averiguaciones para localizar a don Pío.

—Ahora ya no sale—nos informan—. Con este frío estará entre la estufa y el gato...

En la Librería Rodríguez se me acerca un periodista y profesor de Estética de Valencia. Ha oído mis preguntas y se muestra deseoso de acompañarme.

—Siempre he querido hacer esa visita—agrega el valenciano.—Entre dos nos defenderemos mejor.

El dependiente de la librería tiene amigos en Chile y promete ayudarnos. Habla dos o tres veces por teléfono hasta que consigue la dirección. Don Pío vive ahora cerca del Museo del Prado, en la calle Ruiz de Alarcón 12, principal izquierda.

Nuestro amigo quiere ir inmediatamente porque está de viaje. Comemos unos bocadillos cerca de la librería y como aún es temprano gastamos unos momentos en el «Varela», viejo y castizo café «de asiento», de la calle Preciados.

Por la Gran Vía abajo, después de cruzar la Cibeles, llegamos a la dirección indicada. En pisos inferiores está situado el depó-

sito provisional del Museo del Teatro y una Sección Farmacéutica del Ministerio del Aire.

Nos detenemos unos instantes en el Museo que guarda entre abanicos, fotografías y trajes, la garganta del tenor Anselmi. ¿Qué pensará don Pío de esta extraña vecindad?

Son ya las tres de la tarde cuando tocamos el timbre con las emociones del caso. Aparece un muchacho fuerte y rubio, con camiseta azul de marinero.

—¿Don Pío Baroja?

—Sí, pasen, pasen. Está «echado». En unos minutos vendrá con ustedes.

Nos deja en la biblioteca. De las paredes cuelgan hermosos cuadros de Regoyos y Ricardo Baroja.

—Seguramente espera a otros señores—me dice el colega valenciano.

—No nos achiquemos, compañero—le respondo.

Se oyen pasos y aparece don Pío. Invita a sentarse. Se ve muy bien. De estatura más que mediana, ojos claros y vivaces. Voz gruesa, amable y manos fuertes de constructor. Ligeramente encorvado.

Desde el primer momento se da uno cuenta de que a Baroja es difícil interrogarlo. Después de averiguar nuestras intenciones lleva la conversación a su gusto. Ensaya discretamente algunas preguntas de cortesía sobre Chile y Argentina. Sus recuerdos lo llevan a nombrar a una señora Errázuriz que estuvo en Vera del Bidasoa y a Salvador Reyes con quien paseaba en París, durante la guerra. Se refiere sin mayor acritud a la publicación de alguna de sus obras por una editorial chilena, sin el permiso correspondiente. Reconoce que en América se le lee más de lo que él suponía al principio. Don Pío asegura que en España, y en general en Europa, se lee muy poco ahora:

—Son países los europeos, ya hechos, fundamentalmente conseguidos, que esperan muy poco del mañana; que tienden a conservarse sin mayor curiosidad.

Baroja tiene la cara surcada por arrugas gruesas. El color es blanco, ligeramente cetrino; barba irregular y grandes pelos que le salen de las orejas. Bigotes anchos por los que asoman dientes muy separados. Cuando de la sonrisa pasa a la risa, su semblante adquiere un curioso aire de hombre primitivo, de bárbaro amable e irónico.

Don Pío elige para sí el rincón más oscuro de la biblioteca. Desde allí pregunta y contesta a su gusto. Viste chaqueta gruesa; boina amplia, antigua. Se sienta en un amplio sillón y cubre sus piernas con una manta.

Acepta un cigarrillo rubio y, más tarde, uno negro.

—Yo traté de hacerme fumador, confiesa. Creí que podría acompañarme en la soledad, pero me faltó afición.

Se queja de la falta de memoria.

—Si Uds. me presentan unas hojas escritas por mí hace veinte o treinta años, no estaría muy seguro de reconocerlas.

Llevo discretamente la conversación a la literatura española actual:

—No sé, me parecen todos muy iguales. Los nuevos aportan poco, incluso en estilo. Se apoderan del adorno municipal que da el idioma. Fraseología muerta, la misma de hace veinte años.

Cuesta mucho escribir con sencillez en Castellano. A poco que uno se descuide surge el discurso. Luego es un idioma que da tanto en los consonantes, en los imperfectos—aba—ía—. El francés en cambio es ideal. Casi todas sus palabras terminan en —e— que es un sonido gris, medio.

Habla de Camilo José Cela y de su obra «La Familia de Pascual Duarte». Un libro que puede leerse, un poco raro y sádico, pero valiente. Nos dice que Cela es algo perturbado, que en el Café «Guijón», donde oficia como jefe, se pelea con todo el mundo.

Se refiere a la literatura americana. Conoce a Martín Luis Guzmán y a Mariano Azuela. Nos asombra diciéndonos que es pariente, por lo Goñi, de Ricardo Güiraldes, el autor de «Don Se-

gundo Sombra». Esta novela no está mal—dice—aunque demasiado perfilada y parnasiana en relación al tema.

El autor de «Laura» habla de la decadencia de la novela moderna. Sus preferencias actuales son francesas. Elogia a Gide por su sencillez y claridad. Cocteau y Giraudoux le divierten, especialmente el segundo, al que conoció en París y cuya muerte lamenta. Sus favoritos son Colette Willy y Julián Green. De la primera hace un verdadero elogio y cuenta detalles de su vida.

—¿Faulkner?, ¿el norteamericano? Sí, está bien. Algo pesado y obscuro a la fuerza me parece a mí.

De Kaffka tiene una opinión parecida.

La conversación va y viene. Ahora me interroga minuciosamente sobre Chile, el paisaje y sus habitantes, y también sobre la actividad de los vascos. Recuerda que estando en París durante la guerra quiso ir a Chile, pero el asunto no se resolvió... Otros tuvieron más suerte...

Don Pío se queja de la falta de sueño. Sólo puede dormir con la ayuda de narcóticos que le envía un amigo de Suiza.

El profesor valenciano elogia la laboriosidad del maestro y le pregunta cuál es su horario de trabajo.

—¿Horario?, ninguno—responde—. Desde que elegí este oficio he trabajado todo el día, tratando únicamente de evitar el cansancio. Al menor asomo de fatiga dejo las cuartillas y salgo de paseo. Bueno; eso era antes, ahora ya no salgo; por lo demás estoy hilando la última estopa...

Suena el timbre y aparece un periodista, disculpándose. El diario A. B. C., publica una encuesta... Es sólo una pregunta. Mi compañero hace ademán de retirarse, pero el periodista interviene rápido.

—No se incomoden Uds... si es sólo un segundo.

—Bien, bien—ataja el dueño de casa—. Venga la pregunta.

—Hay que contestar lo siguiente: ¿Cuáles son sus aspiraciones en el año que se inicia?

—Aspiraciones ya no tengo... ¡Vaya pregunta!

—Bueno, pero... díganos alguna cosa—insiste el de la prensa.

—Si Ud. quiere poner... que en el invierno no haga mucho frío ni en el verano demasiado calor... ¡Qué aspiraciones puede tener uno ya!

—Pero a Ud. le pueden otorgar el Premio Nobel un año de estos—le recuerda el profesor valenciano.

—¡Bah! ¿Ud. cree? A mí poco me serviría. Los sobrinos estarían contentos, seguramente.

El periodista comenta el homenaje a Azorín, efectuado en el Ayuntamiento el día anterior. Dice que el autor de «La Voluntad», después de leer unas cuartillas, anunció que en una próxima ocasión hablaría sin papeles a la vista.

—Pero si no puede—interrumpe Baroja—. Hace unos veinte o treinta años quiso Azorín entrenarse para orador en una campaña antivenérea que dirigía el Dr. César Juarrós. Ya se ve que la cochina elocuencia todavía lo inquieta.

Don Pío ataca la versatilidad de algunos escritores contemporáneos que no se conforman con el mayor o menor éxito de su oficio.

—Lo que importa—concluye—es desempeñarse con naturalidad y sencillez dentro del propio campo. Lo demás son adornos: mantelería y agricultura como dice el zapatero de Vera...

Ha pasado el tiempo y no queremos cansar al maestro. Al despedirnos me atrevo a decirle que desearía volver en otra ocasión para entregarle algunos libros chilenos.

—Venga Ud. cuando quiera. Sí, aunque tal vez sea mejor al atardecer... siempre hacemos un poco de tertulia.

Don Pío recibe a sus amigos todos los días entre siete y nueve de la noche. Los mejores elementos del «Club de Papel» que antes se reunían en la trastienda de una librería de viejo, vienen a conversar con el maestro al caer la tarde.

El día de mayor concurrencia, cuando los Baroja reciben oficialmente, es el Viernes. Entonces hay turistas de paso, da-

mas madrileñas, extranjeros y estudiantes vascongados. Los Baroja son cuatro: Don Pío, Doña Carmen, viuda del editor Caro Raggio y sus hijos Julio y Pío. Julio Caro Baroja, notable etnólogo y folklorista, es el director del Museo del Pueblo Español. Pío Caro Baroja, el «pequeño» o el «chaval», como lo llama su tío, es estudiante de derecho y ha resultado orador. Esto último hace fruncir el ceño al gran novelista.

Doña Carmen, muy culta y distinguida, es una dama alta, delgada, de voz aguda y aire inglés. Ricardo Baroja no abandona su retiro en Vera del Bidasoa.

Observando los retratos que cuelgan de las paredes del comedor se ve que don Pío ha salido a la madre. Hay un precioso retrato de la señora hecho por Ricardo Baroja; es la misma nariz de don Pío y algo de su fisonomía en descanso.

Baroja se siente más a gusto cuando no hay visitas extrañas y de etiqueta. Entonces el comentario se hace a toda máquina. Los incondicionales, los que nunca faltan, son el Dr. Val y Vera; don Gonzalo Gil Delgado, hidalgo de Burgos; el señor Casas, que trabaja en un banco; el Dr. Arteta, de la clínica del Dr. Marañón, y el Dr. Gallo, que descansa en Madrid antes de regresar a la Guinea. Predomina el oficio médico, aunque rara vez se habla de medicina. De vez en cuando aparece doña María, la mujer de Ricardo Baeza y el señor Esteve, joven abogado muy elegante.

Don Pío no puede evitar las restricciones de su pequeño comité. Si algún señor se aficiona lo suficiente como para asistir tres o cuatro noches seguidas a la tertulia, los antiguos miembros del «Club del Papel» comienzan a protestar.

—¿Qué se habrá figurado el grullo este? ¿A qué habrá venido? Por lo visto se nos instala toda la temporada.

Don Pío trata de defender, suavemente, al neófito.

—Nada, nada. Ni hablar. ¡Fuera!—dicen más en serio que en broma.

A la segunda o tercera reunión las opiniones del «nuevo»

son hechas polvo. Si se permite emitir juicios sobre pintura, literatura o política, el severo tribunal lo descalifica sin piedad.

Por lo general espacian sus visitas o pasan a la reunión de los Viernes, en las que siempre domina un tono más tolerante y conciliador.

El hecho de ser yo ave de paso me permitió asistir con alguna regularidad a las sesiones ordinarias. Algo ayudó también un conocimiento pasable de la obra barojiana. Invariablemente, al caer la tarde, recalábamos en Ruiz de Alarcón. Era difícil que un espectáculo o conferencia pudiera competir, en interés, con la tertulia.

Y a falta de mayores ocupaciones, me aboné a Baroja.

Todo lo que decía el original escritor era de sumo interés, lástima grande que en su mayor parte está ya publicado en los seis tomos de las «Memorias». Con todo resultaba curioso asistir a las manipulaciones de don Pío con los miembros más antiguos de la tertulia.

Los contrincantes eran, generalmente, el Dr. Val y Vera y don Gonzalo Gil Delgado. El Dr. Manuel Val y Vera es médico del Ayuntamiento de Madrid y se conoce al dedillo los barrios bajos. Gil Delgado, hidalgo burgalés y señor de Olmos Albos, daba la nota fantástica poniendo en duda los conocimientos del doctor.

Alto, delgado e inquisitorial tras de sus gafas de gruesa concha, don Gonzalo es amigo del verdugo de Burgos y tiene, en su despacho, el esqueleto del «Gigante Aragonés», héroe de barraca, comprado en cinco duros. Posee también un libro forrado con piel humana, que es nada menos que el tatuaje de «El Hombre Musco». Don Gonzalo cree en brujerías, en las yerbas misteriosas de origen americano e importa pieles de cocodrilo.

Todos se ríen de él, pero se hace escuchar con interés.

No es don Pío, ni mucho menos, un enamorado de su obra literaria y trata, en lo posible, de evitar los elogios, llevando la conversación por otros derroteros. A pesar de ello se producían

curiosas competencias en las que el médico barriobajero y el hidalgo de la calle de la Princesa, disputaban con acre ironía y enorme acopio de datos.

—El personaje X de «Las Noches del buen Retiro», era un joven de apellido inglés liado con la Marquesa de Z, y vivía en la calle del Jacometrezo. Don Pío lo conoció en «Fornos»—brama don Gonzalo.

—¡Qué va! Ni era inglés ni lo conoció en «Fornos»—replica el Dr. Val y Vera—. Lo confunde Ud. con un personaje menudo de «El Arbol de la Ciencia» que vuelve a aparecer un poco cambiado en «Locuras de Carnaval». El que vivía en Jacometrezo no llegó a contrafigura; era un periodista y espadachín francés que Don Pío conoció en Africa y sacó, con pelos y señales, en «Juventud Egotría». ¿No es así?

—Perdonen Uds., pero ya no tengo la menor idea—interviene el novelista, conciliador.

Baroja prepara un libro sobre Madrid que ilustrarán con fotografías dos jóvenes ingleses. El tema Madrid pone en ebullición a toda la concurrencia. El Dr. Val y Vera conoce los barrios bajos, calle a calle, número a número; pero don Gonzalo se considera imbatible en calles barojianas y galdosianas. El señor Casas y el Dr. Arteta también saben lo suyo.

Don Pío que ya no quiere salir ni en automóvil y se resiste a conocer hasta una finca que su hermana Carmen ha comprado en Tendilla (Guadalajara), solicita algunos datos.

—¿Ha cambiado mucho la vida por el Paseo de Rosales o en el Puente de Toledo?

—Hombre, ayer estuve por el Puente de Toledo—anuncia Gil Delgado—. Todavía hay un barbero que saca un sillón al aire libre y pone una nuez en la mejilla del cliente para raparlo mejor.

Val y Vera se queda mirando a don Gonzalo como a un traidor y ventajero. Lo reciente de la información hace sonreír al señor Casas.

—¿Todavía existe la taberna «La Estrecha», en la calle Mayor?—inquiere el autor de «Zalacaín...».

—Desde luego, allí podrían ir esas chicas inglesas a tomar unas fotos.

Hablan del viejo Madrid desaparecido. De los paletos, del enorme oso de una peletería de la Calle Mayor; de los chinos de porcelana que daban la hora en una vieja joyería; de los espejos cóncavos o convexos que causaban la admiración de soldados y criadas.

Don Pío se anima y hasta canturrea bajito, con mucho oído, alguna canción de la época, guiñando los ojos y riéndose de él mismo.

Recuerda cuando lo quisieron casar con la hija del dueño de otra panadería, una gallega vistosa de grandes pechos. Hubo conversación entre los panaderos de ambos establecimientos y, por fin, asistió a una entrevista en una cervecería de Las Descalzas. Allí vió a la rubia. Uno de los panaderos hizo la presentación.

—Don Pío es una buena persona. Ahora, que es capaz de beberse él solo un barril de cerveza.

Baroja se ríe con ganas.

—¡Un barril de cerveza! Nada, que tendría ahora el hígado como acordeón. ¡Qué gente!

Llega la María Jesusa, una señorita eibarresa que estudia Filosofía y Letras. Es muy joven y ríe sin descanso. Pertenece al equipo del Viernes; pero se permite incursionar en los demás días de la semana. La eibarresa cuenta crímenes. Esta vez narra las últimas novedades del Crimen de Villaconejos, a cuya vista judicial acaba de asistir. Don Pío parece muy interesado en los últimos crímenes catalanes.

—En mis tiempos—dice—los crímenes tenían más chiste. Hoy domina la burocracia y el negocio. Son apenas transacciones con algunos accidentes... En Londres, la segunda vez que estuve...

Se hace el silencio y don Pío recuerda «El Crimen de las no-

vias en el baño», con esa riqueza de detalles que sorprende en sus obras. Pero la joven vascongada prepara una novela que constituye todo un problema y además una amenaza para la felicidad de los tertulianos.

—La novelista a la vista—vaticina don Gonzalo cuando sueña el timbre.

La joven aprovecha el primer descanso en la conversación para contar el argumento de su obra, argumento que cambia todas las semanas. La María Jesusa acapara a don Pío con problemas de estilo y forma; está convencida de que el maestro posee algunos recursos secretos para que las cuartillas se llenen con facilidad.

Don Pío le aconseja entre aburrido y paternal:

—Yo hago las novelas sin plan definido. Tengo, desde luego, mi martingala, como cualquier escritor, pero en general parto más que del asunto, del personaje o personajes que deseo desplazar en el relato. Busco, a veces, una moraleja o filosofía final, pero no muy precisa...

Son ya las nueve y el Dr. Val y Vera da la señal de despedida.

Los miembros del «Club del Papel» recorren en silencio una parte del Paseo del Prado y se despiden junto al metro de Cibeles.

Otra tarde, al retirarnos más temprano, don Gonzalo me lleva hasta la calle de Atocha, a un viejo café donde se reunían algunos personajes de «La Busca» y «Mala Hierba».

—Don Pío tomaba sus apuntes por aquí. Siempre ha tenido el don de interrogar con amabilidad y sencillez a la gente del pueblo. Parecía uno de ellos y despertaba confianza. Atraía a la gente más rara que Ud. pueda imaginar.

Don Gonzalo, con algunos rodeos, trata de saber lo que dicen de su persona en la tertulia, las tardes que falta. Lo tranquilizo asegurándole que lo recuerdan con cariño, como sucede, en verdad.

—Val y Vera—me dice—es una buena persona; pero ahora está algo engreído porque Baroja lo cita en el último tomo de «Las Memorias». Yo creo que en el próximo, «Bagatelas de Otoño», hablará también de nosotros, de Casas y de mí.

El hidalgo vuelve a su tema de las contrafiguras:

—Yo aparezco en «Los Enigmáticos» ¿No recuerda Ud? Sí, hombre; en el Fernando Hidalgo que sale en uno de los cuentos. No es la primera vez... A Val y Vera también lo ha aprovechado en «El Hotel del Cisne».

Gil Delgado se indigna con los tipejos y advenedizos que ahora frecuentan al novelista con la esperanza de salir en sus últimas páginas de recuerdos y anécdotas.

Regresamos a la Puerta del Sol. De pronto don Gonzalo me detiene.

—Repáre, joven americano. Ahí en ese caserón, calle de la Independencia, frente a la calle de la Amnistía, vivió Baroja.

Antes de despedirnos insiste en mostrarme, cerca de la Plaza de Celenque, la antigua calle de Capellanes, donde el novelista tuvo su panadería.

Aludo a la misoginia, a la escasa participación de las mujeres en la vida del gran escritor.

—No haga Ud. caso... Baroja ha conocido toda la gama. Ha tenido sus líos con marquesas y mozas de pueblo. ¿No ha leído Ud. «La Sensualidad Pervertida»? Pues yo creo que es una obra vivida, y muy directamente.

—¿Pero Ud. le ha conocido algo en concreto?

—No, eso no—ataja el señor de Olmos Albos—. Don Pío mantiene en esos asuntos una discreción de canónigo...

—Hasta mañana, amigo.

—Hasta mañana.

El temario de la tertulia varía según los integrantes.

Hay tardes en que acuden pintores y se habla de escuelas y exposiciones. Don Pío cree que la gran pintura concluye con los impresionistas. Acepta, sin embargo, el talento de Picasso, en

su primera época, y el «oficio» extraordinario de Salvador Dalí. Doña Carmen defiende a los pintores ingleses.

—A Picasso lo conocí en Madrid hace ya unos cuarenta años—sigue Baroja—vivía bien, por las afueras. Creo que en la Calle García Morato. Era de una laboriosidad terrible. Pintaba dos y tres cuadros al día... Existía entonces la competencia entre dos inventores... un tal Braca y otro... Ambos habían inventado un cinturón eléctrico para curar la impotencia. Braca, para darse pisto, fundó un diario donde colaborábamos los jóvenes. Creo que se llamaba «El Europeo». Allí aparecieron dibujos de Picasso y un retrato mío que estaba bien. Picasso dibujó algunas escenas de «Inventos y mistificaciones de Silvestre Paradox», que salieron en el periódico, aunque la edición no se hizo... Me hubiera gustado saber pintar... Una vez quise aprender en compañía de Corpus Barga. Ibamos juntos al Museo del Prado. Nos aburrimos muy pronto. Había que dibujar centenares de yesos... Era asunto de las casas. En unas ponían a los chicos a estudiar música, en otras dibujo... No tuve suerte.

—De los españoles modernos me han gustado Darío Regoyos, Arteta y Anselmo Miguel Nieto. Regoyos y Arteta fueron grandes paisajistas. A Arteta lo estropearon encargándole frescos del Banco de Vizcaya. Tenía que hacer grandes figuras y cosas que no sabía ni le gustaban. Anselmo Miguel Nieto sólo quería pintar duquesas y mujeres guapas. Esto, claro, le perjudicó bastante... pero es pintor de una vez...

El tema pictórico pone a don Pío de mal humor. Recuerda todo lo que perdió en el bombardeo de la calle Mendizábal.

—Es curioso, se salvó entre las cenizas lo que menos me importaba... la medalla de académico de la Lengua.

—Yo tuve muy fuerte, en la juventud, la superstición del arte; ahora ¡psh! no me importaría que hubiera menos cuadros en los museos a cambio de que existiera más moral en la vida europea.

Don Pío se encuentra preocupado ahora con la publicación de las Obras Completas. Sus paisanos lo atacan:

—Se meten alguna vez conmigo «Hierro» de Bielbao, y «El Pensamiento Navarro», aunque en este último nombre debe existir alguna equivocación; pensamiento y navarro no creo que compaginen...

Baroja se informa concienzudamente sobre el estilo de vida de la juventud actual.

—Le sacan más jugo a la existencia, indudablemente. También ahora los aburren con el latín como en mi tiempo, pero en cambio todos saben bailar a los diez y ocho años... Las chicas dejan acercarse. Hay más posibilidad de diálogo, que es la defensa de nosotros los intelectuales. Antes uno seguía a una señorita del Retiro durante dos meses, a cien metros de distancia. Le escribíamos dos cartas que no contestaban y... ¡nada! Hoy todas van al café por su cuenta y no se niegan a dar el número del teléfono.

Alguien comenta el cincuentenario de la Generación del 98 y las últimas conferencias de Ortega y Gasset. Don Pío deja hablar a los concurrentes y desliza dos opiniones.

—A Azorín le interesa la fachada de las cosas. Describe muy bien las plazas de los pueblos. Luego, la gente no le inquieta mucho. Para él lo que importa es el estilo y la atmósfera que rodea el asunto...

Se duele un poco de los ataques a Ortega y Gasset.

—Yo no lo creo filósofo; aunque me ilusioné durante mucho tiempo con tal posibilidad. Ortega es intelectualmente un disipado. Ahora quiere seguir anunciando temas y descubrimientos, pero ya no le creen. A pesar de todo vale más que la suma de sus actuales impugnadores.

—Ortega hubiera llegado a ser un gran literato, pero no se decidió a tiempo. Hoy día los filósofos de la calle de Alcalá se dedican a la filosofía de la historia o a las características de Dios.

¡Qué gracia! Que estudien y manejen si pueden las teorías de Einstein, Plank, de Broglie y otros.

Doña Carmen protesta:

—¿Pero, por qué? ¿Por qué el filósofo a de ser a la fuerza un hombre de laboratorio? ¿Qué hacemos entonces con Sócrates y Platón...?

El asunto no se resuelve y la conversación gira alrededor de un periodista que acaba de regresar de Italia. La máquina de opinar de Baroja no descansa un instante.

—Mussolini—apunta don Pío—quería hacer de Nápoles una ciudad inglesa o alemana. ¡Qué estupidez! Nápoles sólo puede existir con trapisondistas, alcahuetes y, si es posible, una monarquía local... En Nápoles pueden vivir, normalmente, unas trescientas mil personas y tiene, según creo, un millón. Ha de darse el alcahute y el intermediario... Y está bien que así sea. ¡Qué afán de igualarlo todo.

Don Pío Baroja cree que los occidentales van de mal en peor. No tiene ninguna esperanza inmediata en Europa.

—Europa ha perdido carácter, moral y energía. Esta vez no se han salvado ni los ingleses... ya no interesa más que el éxito fácil y lo que pueda tener de agradable el momento que pasa. La vida se ha convertido en un noticiario de cinematógrafo. Preocupa sólo lo que puede ser objeto de fotografía y propaganda. Vivimos miserablemente al día, como condenados a desaparecer...

La cara del viejo novelista se ensombrece. Todos callan. El Dr. Val y Vera da la señal de partida. Doña Carmen reparte los abrigos y paraguas.

—Hasta mañana... hasta mañana...